

bra, y en cambio no sois, las más de las veces, sino palos descortezados y cepillados, bien barnizados en ocasiones, pero que ya no abundan sus raíces en el mantillo de la humanidad, que ya no dan yemas ni racimos; palos bajos, palos muertos que sirven, todo lo más, para construir empalizadas y barreras, para sostener carteles con prohibiciones y reglamentos.

Bastantes de entre vosotros tienen mucho: doctrina, suavidad, probidad, costumbres inmaculadas, el debido respeto a la autoridad, deseo del bien. Pero os falta lo que más cuenta y fecunda: la generosidad valerosa del amor. Cristo os dijo que fueseis sencillos como palomas y astutos como serpientes; pero sois, desgraciadamente, palomas que se demoran gustosas en la tibieza del nido, serpientes que se adormilan en el aire cerrado de las madrigueras.

No siempre sois fríos, pero tampoco lo bastante ardientes para calentar a los que están helados. Tenéis un miedo grandísimo a la grandeza, un miedo loco a la locura. Vuestra cabeza es un archivo de frases aprendidas de memoria, vuestro corazón es a veces mitad de piedra y mitad de estopa, vuestros oídos están más atentos a los murmullos terrenos que a las voces del cielo. Y no digo nada de vuestro amor al bienestar, de vuestro temor a la muerte.

¿Recordáis la ceremonia de vuestra ordena-

ción? En un momento determinado os habéis echado en el suelo, boca abajo, a gatas, como serpientes que se arrastran por el vientre, para recordar que sólo quien se humilla será ensalzado. Otro día, abajo en la fosa, estaréis de nuevo tendidos, pero boca arriba, como los ahogados. Mas ahora que vivís debéis estar en pie, altos y firmes como columnas, columnas de fuego para guiar a los pueblos por las tinieblas de los desiertos.

No digo, ni quiero decir, que faltéis a vuestros deberes. Celebráis la misa, explicáis el Evangelio, bautizáis a los niños, bendecís a los esposos, confortáis a los enfermos, acompañáis a los muertos. Pero para un verdadero sacerdote de Cristo, para un "alter Christus", el deber supremo está más allá de los deberes obligados y ordinarios. Estos son la administración ordinaria en tiempos de paz, pero el verdadero cristiano sabe que para él nunca hay tiempo de paz. Estáis llamados al combate perenne: en vosotros, no combatir es lo mismo que morir para vosotros mismos. Cada generación nace niña y bárbara: antes que desaparezca, es necesario iniciarla, llevarla a Cristo.

Sois los primogénitos de la luz y vuestra misión es la de resplandecer; la de resplandecer todos los días y para todos. No basta, en vuestro caso, ser buenos escribanos y secretarios de

la tradición, ser unos señores respetables y respetados. El cristianismo de Cristo, como la poesía, no tolera medianías.

No me duelo de vuestra corrupción, sino de vuestra mediocridad. Vuestra vida, hoy, es bastante más dura que en siglos anteriores. Ya no se podría escribir de vosotros, como hizo San Pedro Damián, un *Liber Gomorthianus*. Han desaparecido de entre vosotros casi por completo los usureros, los amancebados, los sodomitas, los simoníacos, los heresiarcas. Es más, recuerdo haber encontrado, en mi largo camino, sacerdotes jóvenes de los cuales la voluntad de servir a Cristo se transparentaba en amorosa palidez, cual llama viva tras el alabastro de una lámpara. Recuerdo haber conocido viejos sacerdotes, más venerables por la luz de su caridad que por la albura de sus canas que se consumían en Dios como cirio anónimo del pobre ante el Altísimo.

Pero he visto también sacerdotes más apasionados por bancas y cacerías que por su ministerio, más deseosos de buena mesa que de buena fama, más preocupados por el político o el manejo de los bienes materiales que por cuidar su rebaño, más expertos en platicar que en edificar. Muchos, más que sacerdotes de Cristo, parecían administradores bien alimentados, señorones rústicos, procuradores concienzudos de negocios mundanos, cautelosos burgueses caídos por azar en el ramo de los asuntos espirituales.

Pero están también entre vosotros los doctores, los doctos, los doctísimos, los archidoc-tísimos, esos que saben escribir el soneto para el Obispo, la plática para la primera comunión, el manualito para ejercicios espirituales, la monografía sobre los fastos de la diócesis, el tratado científico rebotante de sanos principios, henchido de doctrina sólida. Algunos de vosotros sabéis escribir predicaciones más floridas que jardines de presbiterio; homilias más ricas en unción que una almazara, sermones más asiduamente armoniosos que un armonio. Dispensáis desde el púlpito, a veces, oraciones tan sabias en persuasivos conceptos que vuestros mismos oídos escuchan a vuestros labios con deleite inefable, pero visible.

Pero vuestras palabras raramente brotan del corazón, para ir, como saetas, a clavarse rectas en los corazones, transformándolos. Apestan a candil, más que oler a sol. Y hoy, para retorcer y prensar las almas, se necesita franqueza de caridad y de sencillez antes que taraceas y aparatos de elocuencia mendigada.

Hay entre vosotros excelentes doctores y licenciados de todos los ateneos, profesores dignos de todas las cátedras, no sólo de ética y de dogmática, sino también de ornitología, de conchiología, de filosofía, de raddomansía.

Admiro vuestra ciencia, pero os digo, en verdad, que hoy hacen falta, ante todo, reeducadores, modeladores y plasmadores de conciencias; se necesitan santos, más que estudiosos. Hace mucho tiempo que el mundo sufre penuria de santos. Sería necesario, para salvar lo que todavía se puede salvar, un ejército de santos. Los espero entre vosotros, porque más que todos estáis cercanos, por obligaciones de vuestro estado, a los manantiales y cataratas de la santidad.

No basta con ser, como sois, los lavaderos de las pobres almas que todavía se arrodillan en los confesionarios. La mayor parte de los que están sucios no vienen a vuestros lavatorios, no vienen a comer el pan que sólo vosotros podéis dar.

¿Os habéis preguntado alguna vez por qué

América tiene la palabra

(En el Rep. Amer.)

Ha llegado a México, en rápida visita, el gran periodista y hombre de letras cubano Dr. Gastón Baquero, jefe de redacción del *Diario de la Marina* de La Habana. Ha obtenido dos premios de periodismo en Cuba: el "Justo de Lara" y el Nacional "Juan Gualberto Gómez", habiendo ingresado en el periodismo como simple reportero y obtenido los títulos de ingeniero agrónomo y doctor en Ciencias Naturales en la Universidad de La Habana. Tiene 32 años de edad y aunque desde los 15 ya escribía versos —es un poeta de primera calidad— su vocación por el periodismo es decidida.

—Desde que tenía 7 años —nos dice— he trabajado sin cesar. He desempeñado numerosos oficios, desde vendedor de periódicos en las calles, hasta ocupar puestos de gran responsabilidad. Como periodista tengo el orgullo de decir que mi madre es mi único lector fijo, pero la verdad es que ella representa para mí al pueblo cubano. Algunas veces la he oído exclamar: "Ayer no te pude leer, porque tu artículo estaba muy largo". Esa opinión me ha servido de crítica admirable. Lo que ocurre es que en mí se ha cumplido aquello que dijo madame de Sevigné: "No escribo brevemente, porque no tengo tiempo".

El doctor Baquero, desde la página editorial del *Diario de la Marina* comenta sucesos mundiales, problemas literarios, libros recién aparecidos, y a veces ha hecho incursiones en la crítica social, como sucedió recientemente al oponerse a que hubiese corridas de toros en Cuba. Aquel diario le envió a presenciar la Conferencia de Bogotá y el año anterior visitó detonadamente España, pudiendo así verificar todo lo que sabía sobre los valores culturales con raíz y esencia del alma de América.

—Es la primera vez que visito México; pero las tareas que se me han confiado son tan abrumadoras, que no me será posible llevarme el conocimiento más aproximado de esta tierra en donde hay tanto que ver y estimar. No hay duda que regresaré y pronto.

—¿Qué libro tiene en preparación?

—Voy a publicar *Autobiografía de un poeta fracasado*. Será la biografía de cada poema que he escrito.

Ha publicado el doctor Baquero los siguientes libros: *Dafnes*, *Saúl sobre su espada*, y *Poemas*. Figura en la antología *Diez poetas contemporáneos de Cuba* que ha editado recientemente Cintio Vitier. Entre los poetas que ha traducido sobresale T. S. Elliot y opina que el poeta mexicano que más le interesa es José Gorostiza, por su libro *Muerte sin fin*.

—Me interesa mucho conocer la antología cubana del joven Vitier. ¿Qué es de mi amigo don Medardo Vitier?

—Es su hijo. Un gran poeta el muchacho, y algo más: se ha casado con una poetisa.

—Entre los poetas que figuran en esa antología, cuál es el que más le interesa?

—Ahí está José Lezama Lima, un grandísimo poeta. Creo que es el primer gran poeta que ha dado Cuba.

Nuestra conversación va y viene por los países inverosímiles en que la poesía alza su flor celeste. De pronto, Baquero evoca a Porfirio Barba-Jacob.

—¿Qué gran poeta era! Por La Habana pasó varias veces. ¿Cuándo tendremos en un volumen impreso sus prosas? Recuerdo constantemente una, en que habla de un filósofo chino...

—Las estoy reuniendo, lo mismo que sus cartas. Quizá el año próximo las publique. Tengo ya más de veinte cartas inéditas y algunos amigos me han enviado copias. Tengo también numerosos apuntes para su biografía.

Y salimos hacia la calle, porque era llegado el momento de hacerle la formal presentación de la vieja ciudad de México, aquella que muchos turistas inteligentes no han podido semblantar todavía.

Rafael Heliodoro VALLE.

México, D. F., 27 septiembre 1948.